

Entrevista: Hacia la integración generacional de las juventudes en los territorios rurales¹

David Sánchez Sánchez²
david.sanchez@academicos.udg.mx
Rafael Mesén Vega
rafael.mesen@gmail.com

En el marco de la “Primera jornada de conformación del Nodo-México de la RELAIPOJUR”, celebrada en abril de 2024 en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, tuvimos el privilegio de conversar con el Dr. Rafael Mesén Vega, destacado especialista costarricense en juventudes rurales.

El Dr. Mesén es fundador y presidente de la Red Latinoamericana Interinstitucional Potenciando las Juventudes Rurales (RELAIPOJUR), creada en 2018, y cuenta con una trayectoria profesional de más de 30 años como Jefe de Agencias de Extensión Agropecuaria Local. Es ingeniero agrónomo con especialidad en fitotecnia, máster en protección de cultivos y doctor en agricultura sostenible. Su vasta experiencia incluye la autoría de tres libros y múltiples publicaciones académicas, así como su rol como profesor en programas de posgrado vinculados al desarrollo rural. Además, ha sido especialista en juventudes rurales para el IICA y Director Ejecutivo del Consejo Nacional de Clubes 4S en Costa Rica, donde lideró el diseño e implementación de la Política Pública Sectorial de Juventudes Rurales.

Por su amplia experiencia y su visión innovadora, consideramos esencial entrevistarlo para conocer sus reflexiones sobre la integración generacional en los territorios rurales, una temática clave en su labor tanto en Costa Rica como en la RELAIPOJUR. La entrevista fue

1 Fecha de recepción: agosto de 2024. Fecha de aceptación: diciembre de 2024.

2 Investigador postdoctoral en la Maestría en Gestión y Desarrollo Social de la Universidad de Guadalajara. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SECIHTI). Líneas de investigación: Condición Juvenil Rural y Estudios rurales con enfoque psicosocial. Docente de Psicología Social en CUCS-UDG. Fundador y coordinador de Caracol Psicosocial A.C.

realizada por el Dr. David Sánchez, organizador de esta jornada y coordinador del Nodo-México de la Red, quien además es integrante del Núcleo Académico Básico de la Maestría en Gestión y Desarrollo Social, dentro de la línea de Desarrollo Regional y Medio Ambiente.



En esta conversación, el Dr. Mesén desarrolla sus planteamientos sobre la importancia de fortalecer las relaciones entre generaciones en las zonas rurales, aportando un enfoque crítico y práctico que resulta esencial para enfrentar los retos actuales en América Latina.

El Dr. Mesén en las instalaciones del CUCSH

Dr. David Sánchez: Dr. Mesén, muchas gracias por su visita a Jalisco y a nuestra Universidad, quisiera comenzar preguntándole por algo que le he escuchado en sus análisis, usted enfatiza que ya no podemos hablar de una única juventud rural, sino de juventudes rurales. ¿Cómo define este concepto y cuáles son las características que lo diferencian?

Dr. Rafael Mesén: Hablar de juventudes rurales significa reconocer que no existe una sola realidad uniforme entre los jóvenes que viven en contextos rurales. Estas juventudes son diversas, y su fragmentación se debe a factores como la situación ocupacional, las clases

sociales, el género, la educación y la pobreza. Cada uno de estos elementos configura una experiencia distinta de lo que significa ser joven en el ámbito rural.

Por ejemplo, después de la etapa escolar primaria, los jóvenes se dividen en distintos grupos según su ocupación. Algunos son estudiantes, otros asalariados, otros trabajan en el ámbito familiar sin recibir un pago, mientras que muchas jóvenes mujeres asumen roles de trabajadoras del hogar también sin remuneración. Además, hay emprendedores y jóvenes en condición de discapacidad, que enfrentan mayores barreras para su integración.

Lo que tienen en común estas juventudes es su conexión con el territorio y con las dinámicas familiares y comunitarias. Sin embargo, la fragmentación las invisibiliza como grupo social. Esto implica que sus demandas no son escuchadas ni por las instituciones públicas ni por sus propias comunidades. Para superar esta invisibilización, es fundamental que los jóvenes rurales se organicen, construyan agendas colectivas y encuentren espacios para reconocerse mutuamente, pese a sus diferencias.

Dr. David Sánchez: En este contexto, ¿qué nos puede decir sobre la “Red Latinoamericana Interinstitucional Potenciando las Juventudes Rurales”, de la cual usted es presidente?

Dr. Rafael Mesén: La Red Latinoamericana Interinstitucional Potenciando las Juventudes Rurales es un esfuerzo colectivo que busca precisamente visibilizar, articular y fortalecer a las juventudes rurales en toda la región. Esta red nace de la necesidad de promover un enfoque sistémico e interinstitucional para atender las demandas y potencialidades de los jóvenes rurales.

Uno de los principales objetivos de la red es generar espacios de diálogo y colaboración entre instituciones públicas, privadas, académicas y sociales. Estos espacios son fundamentales para armonizar esfuerzos y evitar la duplicación de acciones, que es un problema común cuando las instituciones trabajan de forma aislada.

Además, la red tiene un fuerte enfoque en la formación de capacidades. Creemos que es esencial empoderar a los jóvenes rurales, no solo a través de la capacitación técnica, sino también en habilidades de liderazgo, gestión social y formulación de proyectos. Esto les permite participar activamente en los procesos de toma de decisiones y convertirse en protagonistas de su propio desarrollo.

Finalmente, la red también actúa como un puente entre las juventudes rurales y las políticas públicas. Trabajamos para que las demandas de los jóvenes sean escuchadas y atendidas en

los espacios de diseño e implementación de políticas, asegurando que estas sean pertinentes y contextualizadas.

Dr. David Sánchez: ¿Cómo se ha logrado articular esta red en distintos países de América Latina y qué desafíos han enfrentado en el proceso?

Dr. Rafael Mesén: La articulación de la red ha sido un proceso complejo, pero también muy enriquecedor. Hemos logrado establecer alianzas con instituciones de diversos países, desde ministerios de agricultura y desarrollo rural hasta universidades, ONGs y organizaciones juveniles. Estas alianzas han sido clave para crear un ecosistema de colaboración que permita atender las demandas de los jóvenes desde diferentes perspectivas.

Uno de los mayores desafíos ha sido superar las barreras culturales y estructurales que existen en cada país. Por ejemplo, en algunos contextos, las juventudes rurales son vistas únicamente desde una perspectiva problemática, asociadas a fenómenos como la migración o el desempleo. Cambiar esta narrativa y destacar las potencialidades de los jóvenes como agentes de cambio ha requerido un trabajo constante de sensibilización y promoción.

Otro desafío importante ha sido la falta de recursos para implementar proyectos de largo plazo. Muchas veces dependemos de financiamiento externo, lo que limita nuestra capacidad para desarrollar programas sostenibles. Sin embargo, hemos encontrado formas creativas de maximizar los recursos disponibles, priorizando acciones que tengan un impacto directo y tangible en las comunidades rurales.

A pesar de estos desafíos, los logros han sido significativos. Hemos visto cómo los jóvenes rurales comienzan a organizarse, a reconocerse como actores sociales y a demandar espacios de participación. Esto nos confirma que estamos en el camino correcto y nos motiva a seguir fortaleciendo la red.

Dr. David Sánchez: En su experiencia, ¿cómo han reaccionado los jóvenes rurales ante las iniciativas de la red y qué impacto ha tenido en sus comunidades?

Dr. Rafael Mesén: En Costa Rica la reacción de los jóvenes rurales ha sido muy positiva. Al principio, muchos de ellos se mostraban escépticos porque estaban acostumbrados a no ser escuchados ni considerados en los procesos de desarrollo. Sin embargo, al participar en los espacios de diálogo y capacitación que promueve la red, han comenzado a sentirse empoderados y a reconocer su potencial como actores de cambio.

Un ejemplo concreto es la creación de grupos juveniles en comunidades rurales que antes no contaban con ninguna organización. Estos grupos han formulado agendas colectivas, negociado con instituciones públicas y logrado implementar proyectos como huertos comunitarios, talleres de emprendimiento y actividades de conservación ambiental.

El impacto en las comunidades también ha sido evidente. Cuando los jóvenes participan activamente, se genera un efecto multiplicador. No solo mejoran sus propias condiciones de vida, sino que también contribuyen al desarrollo de sus familias y comunidades. Por ejemplo, al liderar proyectos de valor agregado en la agricultura familiar, los jóvenes no solo aumentan los ingresos de sus hogares, sino que también fortalecen la economía local.

Otro impacto importante es el cambio cultural que comienza a observarse en las relaciones intergeneracionales. Los adultos empiezan a reconocer las capacidades y aportes de los jóvenes, lo que facilita el diálogo y la colaboración entre generaciones. Esto demuestra que la integración generacional no es solo un concepto, sino una realidad que puede transformar la ruralidad.

Dr. David Sánchez: Dr. Mesén, usted define la integración generacional como un concepto clave para entender las dinámicas entre adultos y jóvenes en las zonas rurales de América Latina. ¿Cómo describe este concepto y por qué lo considera tan relevante en el contexto actual?

Dr. Rafael Mesén: La integración generacional es un término profundamente contextual y necesario para describir las relaciones entre adultos y jóvenes en los espacios rurales de América Latina, especialmente en la agricultura familiar, las organizaciones productivas y los territorios rurales. Estas relaciones, lamentablemente, están marcadas por desequilibrios de poder que requieren ser analizados, comprendidos y mediados para lograr una colaboración real entre generaciones.

En mi análisis, estas dinámicas presentan una paradoja clara: o integramos a los jóvenes de forma óptima, permitiéndoles aportar sus conocimientos, innovación y energía tanto en actividades agrícolas como no agrícolas, o seguimos manteniéndolos al margen, lo que significa perder su valiosa contribución en las fases de la cadena de valor, que incluyen desde la producción primaria hasta el valor agregado. Esta pérdida no solo afecta a los jóvenes, sino a las comunidades rurales en su conjunto, limitando su capacidad para generar empleos, ingresos y sostenibilidad a largo plazo.

Además, la integración generacional no significa sustituir a los adultos ni desplazar su experiencia. Por el contrario, busca complementar los saberes y prácticas de ambas generaciones. Mientras los adultos aportan conocimiento del microclima, técnicas tradicionales y resiliencia, los jóvenes traen consigo adaptabilidad, conocimientos tecnológicos y una visión innovadora. Esta colaboración es fundamental para enfrentar los desafíos contemporáneos de la ruralidad, como la modernización agrícola, el cambio climático y la necesidad de fortalecer la seguridad alimentaria.

Dr. David Sánchez: Hablando de términos que generan rechazo y resistencia en los campesinos, ¿puede compartir algún ejemplo concreto y cómo podría replantearse la comunicación?

Dr. Rafael Mesén: Un ejemplo claro es el uso del término “erradicación del trabajo infantil” por parte de la OIT. Aunque la intención detrás del término es positiva, en el contexto rural latinoamericano, fue recibido con resistencia. Para muchas familias, el trabajo infantil no es simplemente explotación, sino una forma de transmitir conocimientos agropecuarios de padres a hijos. Este aprendizaje práctico ha sido clave para la sostenibilidad alimentaria en la región, y la forma en que se presenta el término no toma en cuenta estas dinámicas culturales.

En lugar de hablar de “erradicación”, podríamos promover términos que valoren el aprendizaje infantil dentro del contexto familiar, asegurando al mismo tiempo que los niños tengan acceso a la educación formal y a espacios para su desarrollo integral. La clave está en usar un lenguaje que sea pertinente y contextual para las realidades rurales.

Otro caso es el de “relevo generacional”, que en un contexto futbolero latinoamericano sugiere reemplazo, algo que muchos productores mayores rechazan. Este término debería ser reemplazado por “integración generacional”, ya que refleja la idea de complementariedad en lugar de sustitución.

Dr. David Sánchez: Usted menciona que el concepto de “relevo generacional” no ha funcionado bien en las comunidades rurales. ¿Qué problemas ha identificado con este término y cómo puede ser reemplazado?

Dr. Rafael Mesén: El término “relevo generacional” tiene un problema de raíz: su connotación en el contexto latinoamericano. Como me han dicho muchos productores adultos, “relevo” suena a ser reemplazados o apartados. Frases como “¿Dónde nos van a poner?” o

“¿Dónde nos van a enterrar?” ilustran el miedo que genera este término. En nuestra cultura futbolera, “relevo” significa sacar a alguien que ya no rinde bien, lo cual lo convierte en una idea inaceptable para muchos adultos en las zonas rurales.

Otro problema es que el relevo generacional presupone un mundo ideal que no existe en nuestra región. En países con sistemas sólidos de seguridad social, los adultos pueden retirarse tranquilamente sabiendo que tendrán una pensión digna, mientras que los jóvenes reciben incentivos para asumir roles productivos. Sin embargo, en América Latina, la realidad es muy distinta: los adultos mayores continúan trabajando en sus fincas hasta el final de sus días porque no tienen otra opción.

Por eso propongo sustituir “relevo generacional” por “integración generacional”. Este término no implica sustitución, sino colaboración y reconocimiento mutuo. En lugar de excluir a los adultos, se les valora por su experiencia y capacidades, mientras que los jóvenes aportan innovación y adaptabilidad. Es un cambio semántico que refleja una visión más inclusiva y contextual.

Dr. David Sánchez: Le he escuchado en otros espacios hablar de la heterogeneidad de las juventudes rurales ocasionada por la fragmentación. ¿Qué significa esta fragmentación y cómo afecta a la cohesión social en las comunidades rurales?

Dr. Rafael Mesén: La fragmentación de las juventudes rurales es un fenómeno multicausal que ocurre después de la etapa escolar primaria. Mientras los niños asisten a la misma escuela, independientemente de su nivel socioeconómico, al egresar, sus trayectorias divergen según su situación ocupacional. Esto crea múltiples juventudes: estudiantes, asalariados, trabajadores familiares no remunerados, trabajadoras del hogar, emprendedores y jóvenes en condición de discapacidad.

Esta fragmentación tiene consecuencias profundas. En primer lugar, dificulta la organización de los jóvenes como un grupo cohesionado capaz de hacer valer sus derechos. En segundo lugar, los invisibiliza tanto para las instituciones públicas como para sus propias comunidades. Esta invisibilidad social significa que sus necesidades no son atendidas, ya que no hay una presión colectiva que demande políticas públicas específicas.

Además, la fragmentación contribuye a la carencia de capital social entre los jóvenes rurales. Sin organización ni representación, es difícil que puedan convertirse en actores sociales relevantes o en protagonistas del cambio en sus comunidades. Esto perpetúa la exclusión y

limita su capacidad para desarrollar proyectos de vida viables en la ruralidad.

Dr. David Sánchez: ¿Qué propone para superar esta fragmentación y promover una mayor integración de las juventudes rurales?

Dr. Rafael Mesén: Superar la fragmentación requiere un enfoque integral que aborde tanto las diferencias como las similitudes entre los jóvenes rurales. Propongo tres acciones concretas:

1. **Formación en ciudadanía activa:** Es esencial que los jóvenes desarrollen capacidades blandas, como habilidades de gestión social y liderazgo, que les permitan organizarse y participar en la toma de decisiones. Esto les ayudará a construir una identidad colectiva y a demandar políticas públicas diferenciadas.
2. **Diagnósticos con enfoque de juventudes:** Estos diagnósticos deben rescatar tanto las generalidades, como la edad y el territorio, como las particularidades relacionadas con la situación ocupacional. Esta información es clave para diseñar intervenciones que respondan a las necesidades específicas de cada grupo.
3. **Sensibilización hacia adentro:** Este proceso implica que los jóvenes más empoderados y con mayores recursos apoyen a aquellos en situación de vulnerabilidad. Esto fomenta la solidaridad etaria y evita el “darwinismo social”, donde solo los más fuertes o capacitados logran avanzar.

Además, sugiero que los jóvenes formulen planes de acción concretos y negociables. Estos planes deben ser herramientas de gestión que les permitan interactuar con sus comunidades, instituciones y organizaciones productivas, posicionándose como un grupo con demandas claras y estructuradas.

Dr. David Sánchez: El cruce entre patriarcado-adultocentrismo es otro tema que usted aborda como una barrera en la relación adulto-joven. ¿Cómo afecta esta estructura a la integración generacional en las zonas rurales?

Dr. Rafael Mesén: Hay que entender que se establece una relación asimétrica entre adultos y jóvenes, donde los primeros ejercen el control y los segundos son excluidos por razón de

su edad. En las zonas rurales, esta estructura limita el diálogo intergeneracional y perpetúa dinámicas de poder que no favorecen la colaboración.

En este modelo, los adultos son los dueños del capital, la tierra y las decisiones. Esto deja a los jóvenes en una posición subordinada, sin acceso a los recursos ni a los espacios donde se toman decisiones. Sin embargo, los jóvenes tienen un enorme potencial para equilibrar estas relaciones gracias a sus capacidades educativas, su apertura a la innovación y su conciencia ambiental.

El desafío está en transformar esta dinámica, promoviendo espacios de reconocimiento mutuo. Esto implica que tanto adultos como jóvenes se valoren por sus conocimientos, habilidades y buenas prácticas. Por ejemplo, los adultos aportan experiencia y resiliencia, mientras que los jóvenes introducen tecnología y adaptabilidad. Si logramos combinar estos activos, podemos generar sinergias que beneficien a ambas generaciones.

Dr. David Sánchez: Dr. Mesén, en su opinión, ¿qué rol deben desempeñar las instituciones públicas y privadas para fomentar la integración generacional en las comunidades rurales?

Dr. Rafael Mesén: Las instituciones públicas y privadas tienen un papel central, pero actualmente enfrentan serias limitaciones que dificultan su impacto. Una de las mayores debilidades es su visión cartesiana: cada institución opera de manera aislada, sin coordinación con otras entidades. Esto resulta en esfuerzos fragmentados que no logran abordar de manera integral las necesidades de las juventudes rurales.

Lo primero que deben hacer las instituciones es sensibilizarse acerca de las realidades, potencialidades y obstáculos que enfrentan los jóvenes rurales. Esta sensibilización implica reconocer que los jóvenes no son un grupo homogéneo. Las instituciones deben comprender que las juventudes rurales están fragmentadas y que cada subgrupo tiene necesidades y desafíos específicos, como el acceso a la tierra, la capacitación técnica o la creación de empleo. En segundo lugar, propongo la creación de redes interinstitucionales de colaboración. Estas redes permitirían armonizar bienes y servicios para responder a las demandas de los jóvenes en tiempo y forma. Por ejemplo, si los jóvenes de una comunidad identifican la necesidad de formación en gestión empresarial, esta red podría coordinarse para ofrecer cursos adaptados a su contexto y horarios.

Para que esto sea posible, las instituciones necesitan capacitarse en pensamiento sistémico. Este enfoque les ayudará a entender la importancia de las sinergias y la colaboración en red, maximizando los recursos y el impacto de sus acciones.

Finalmente, es crucial que las instituciones acompañen el proceso de organización de los jóvenes. Esto incluye apoyar la formación de grupos con agendas claras y diferenciadas, pero también facilitar su participación en espacios de toma de decisiones. Un buen ejemplo de esto sería crear mesas de diálogo interinstitucionales donde los jóvenes puedan presentar sus propuestas y negociar directamente con las entidades responsables.

Dr. David Sánchez: Hablando de la organización de los jóvenes, usted menciona que deben evitar reproducir los modelos jerárquicos de los adultos. ¿Cómo deberían estructurarse estos grupos juveniles para ser más efectivos?

Dr. Rafael Mesén: Es fundamental que los jóvenes rurales adopten modelos organizativos horizontales, basados en comités de afinidad y necesidad. Esto se debe a que los esquemas jerárquicos tradicionales suelen ser rechazados por los jóvenes, quienes prefieren estructuras más participativas y flexibles.

Los comités de afinidad están formados por jóvenes que comparten intereses o pasiones comunes dentro del plan de acción. Por ejemplo, un comité podría enfocarse en la producción de insumos orgánicos, mientras que otro podría dedicarse al marketing digital de productos agrícolas. Estos grupos funcionan bien porque sus integrantes se sienten motivados a trabajar en algo que realmente les gusta.

Por otro lado, los comités de necesidad responden a intereses más prácticos. Los jóvenes se integran en ellos porque buscan resolver problemas concretos que afectan su proyecto de vida. Por ejemplo, un grupo podría trabajar en gestionar el acceso a tierras o en mejorar la infraestructura local.

La clave para coordinar estos comités es nombrar a un colectivo de líderes que representen cada grupo y se reúnan regularmente para planificar, armonizar agendas y rendir cuentas. Este modelo fomenta la autonomía de los jóvenes mientras asegura la coherencia y efectividad de sus acciones.

Dr. David Sánchez: Usted habla también de la importancia de incluir a los jóvenes en la agricultura familiar y las organizaciones productivas. ¿Qué desafíos enfrenta este proceso y cómo puede abordarse?

Dr. Rafael Mesén: Como ya mencionaba, uno de los mayores desafíos es el adultocentrismo que predomina en muchas familias y organizaciones rurales. Los adultos suelen ser los propietarios de los recursos y los líderes en las asociaciones productivas, lo que les da un poder considerable sobre las decisiones. Esto deja a los jóvenes en una posición de subordinación, sin espacio para participar activamente o desarrollar sus capacidades.

Sin embargo, los jóvenes tienen características que los convierten en actores clave para el futuro de la agricultura familiar y las organizaciones productivas. Tienen una mayor predisposición al cambio, una mentalidad más abierta hacia la innovación y la tecnología, y un menor nivel de discriminación de género. Estas cualidades los hacen ideales para liderar procesos de modernización y sostenibilidad en el agro.

Para incluir a los jóvenes, es fundamental crear espacios donde puedan desarrollar sus habilidades y asumir roles significativos. Por ejemplo, los jóvenes pueden ser responsables de implementar tecnologías que aumenten la eficiencia en la producción primaria, o liderar actividades de valor agregado como la transformación de productos o el marketing digital.

Otro aspecto crucial es la monetización de su trabajo. Los jóvenes deben recibir una compensación justa, ya sea en dinero, insumos agrícolas o acceso a tierras. Esto no solo les da un incentivo económico, sino que también les proporciona un reconocimiento social dentro de la familia y la comunidad.

Finalmente, es necesario promover un cambio cultural hacia un liderazgo más participativo dentro de las familias. Esto implica que los jefes de familia actúen como gerentes que valoran las contribuciones de cada miembro, en lugar de imponer decisiones de manera autocrática. Este cambio requiere sensibilización y capacitación, tanto para los adultos como para los jóvenes.

Dr. David Sánchez: Qué nos podría decir de la globalización y su impacto significativo en la agricultura familiar. ¿Cómo afecta esto a la integración generacional?

Dr. Rafael Mesén: La globalización tiene efectos contradictorios en la agricultura familiar. Por un lado, ha abierto oportunidades para que los jóvenes lideren actividades emergentes como el agroturismo, la venta de servicios ambientales o la participación en fases de valor agregado. Estas actividades no solo generan ingresos más altos, sino que también son atractivas para los jóvenes porque les permiten usar sus conocimientos y habilidades innovadoras.

Por otro lado, la globalización ha exacerbado las desigualdades en el acceso a recursos como la tierra. La expansión de la agricultura de exportación ha elevado el costo de las tierras y tentado a muchas familias a venderlas, lo que debilita las bases de la agricultura familiar. Además, los jóvenes que se emplean como peones en estos sistemas agrícolas de exportación suelen enfrentarse a condiciones laborales precarias, sin acceso a garantías sociales ni salarios dignos.

Para contrarrestar estos efectos negativos, necesitamos políticas públicas que fortalezcan la agricultura familiar, ofreciendo incentivos para que los jóvenes se queden en sus comunidades y desarrollen proyectos productivos. Esto incluye garantizar el acceso a tierras y capital, así como promover la educación técnica y la innovación tecnológica.

Un enfoque clave aquí es el de la cadena de valor. Si los jóvenes pueden participar en todas las fases de la producción, desde la preproducción hasta la comercialización, no solo se incrementan los ingresos, sino que también se generan más empleos de calidad. Esto requiere cambios en la gestión del predio familiar, que deben ser liderados conjuntamente por adultos y jóvenes.

Dr. David Sánchez: Dr. Mesén, en el contexto de la globalización, usted menciona que el enfoque de la cadena de valor es clave para la integración generacional. ¿Podría explicarnos más sobre cómo este enfoque puede beneficiar tanto a los jóvenes como a las familias rurales?

Dr. Rafael Mesén: El enfoque de la cadena de valor es esencial para clarificar cómo cada fase del proceso productivo puede generar mayores ingresos y empleos de calidad en el contexto de la agricultura familiar. Este enfoque tiene cuatro fases principales: preproducción, producción, transformación y comercialización.

En la fase de preproducción, los jóvenes pueden liderar actividades como la producción de fertilizantes orgánicos, lo cual no solo reduce costos, sino que también diversifica la economía rural al permitir la venta de excedentes. En la fase de producción, el uso de tecnologías avanzadas puede aumentar la eficiencia y la sostenibilidad. Aquí, los jóvenes tienen una ventaja porque están más abiertos a adoptar y adaptar nuevas herramientas tecnológicas.

La fase de transformación es donde realmente se añade valor. Los jóvenes pueden encargarse de procesar productos agrícolas, convirtiéndolos en bienes con mayor demanda en los mercados locales o incluso internacionales. Finalmente, en la fase de comercialización, los

jóvenes capacitados en marketing digital pueden ampliar el alcance de los productos rurales, conectando a las familias con nuevos consumidores a través de plataformas en línea.

Este enfoque no solo beneficia a los jóvenes, quienes encuentran espacios para aplicar sus conocimientos y desarrollar sus proyectos de vida, sino también a las familias rurales en su conjunto, ya que multiplica las oportunidades de ingresos y empleos. Sin embargo, para que esto sea posible, es fundamental fomentar un cambio en la gestión del predio familiar, promoviendo un liderazgo participativo donde todos los miembros tengan un rol claro y significativo.

Dr. David Sánchez: Hablando de liderazgo, usted plantea que los jefes de familia deben pasar de un modelo autocrático a uno participativo. ¿Qué desafíos implica este cambio y cómo puede lograrse?

Dr. Rafael Mesén: El cambio de un liderazgo autocrático a uno participativo representa un desafío cultural significativo, especialmente en contextos rurales donde el patriarcalismo sigue siendo predominante. En este modelo tradicional, el jefe de familia tiene la última palabra en todas las decisiones, lo que limita la participación de otros miembros, especialmente los jóvenes y las mujeres.

Para transitar hacia un modelo participativo, lo primero es sensibilizar a los jefes de familia sobre los beneficios de incluir a todos los miembros en la toma de decisiones. Esto no solo fortalece la cohesión familiar, sino que también mejora la gestión del predio al aprovechar el conocimiento, las capacidades y las buenas prácticas de cada integrante.

Un paso clave es implementar la planificación participativa. Este proceso implica reunir a todos los miembros de la familia para discutir y planificar conjuntamente las actividades productivas. En estas reuniones, cada persona puede expresar sus ideas y contribuir con sus conocimientos y habilidades. Por ejemplo, un joven que domina el manejo de redes sociales podría liderar la estrategia de marketing digital, mientras que un adulto con experiencia en administración puede encargarse de gestionar los recursos financieros.

Además, es importante establecer mecanismos claros de rendición de cuentas y reconocimiento. Esto asegura que todos los miembros se sientan valorados y responsables de sus tareas, lo que fomenta un sentido de pertenencia y compromiso.

Dr. David Sánchez: En los talleres que hemos tenido, también menciona la importancia de monetizar el trabajo de los jóvenes en las familias rurales. ¿Por qué es esto tan importante y cómo debería implementarse?

Dr. Rafael Mesén: La monetización del trabajo de los jóvenes es fundamental porque representa una forma de valorar su contribución al predio familiar. En muchos casos, los jóvenes trabajan largas horas sin recibir una compensación justa, lo que no solo desmotiva, sino que también refuerza la percepción de que la agricultura no es una opción viable para construir un proyecto de vida.

La monetización puede tomar varias formas. Por un lado, puede ser un pago en especie, como la asignación de animales, plantas, insumos agrícolas o espacios de tierra que los jóvenes puedan gestionar de manera autónoma. Por otro lado, también puede ser un pago en dinero, lo cual tiene un gran valor simbólico porque representa un reconocimiento social y económico de su trabajo.

Es importante destacar que este proceso no solo beneficia a los jóvenes, sino también a las familias, ya que motiva a los jóvenes a permanecer en la agricultura y a contribuir activamente al desarrollo del predio. Además, les permite adquirir habilidades financieras y desarrollar una mayor independencia económica, lo cual es crucial para su crecimiento personal y profesional.

Dr. David Sánchez: Otro tema que aborda en las diferentes conferencias que ha realizado es el papel de los extensionistas y promotores sociales como mediadores en el diálogo generacional. ¿Qué competencias necesitan estos actores para cumplir con este rol?

Dr. Rafael Mesén: Los extensionistas y promotores sociales son actores clave en el proceso de integración generacional, pero para desempeñar este rol de manera efectiva, necesitan ampliar su conjunto de competencias. Tradicionalmente, su enfoque ha sido técnico, centrado en mejorar la producción y la eficiencia en las actividades agrícolas. Sin embargo, el desafío actual requiere que también desarrollen habilidades en mediación, sensibilización y promoción de la equidad generacional y de género.

Primero, los extensionistas deben ser capaces de facilitar el diálogo intergeneracional. Esto implica crear espacios seguros donde jóvenes y adultos puedan expresar sus ideas, reconocer mutuamente sus capacidades y construir acuerdos. Por ejemplo, pueden organizar talleres

de planificación participativa, donde ambas generaciones trabajen juntas para definir roles y responsabilidades en el predio familiar.

Segundo, necesitan colaborar con profesionales en ciencias sociales para abordar las dinámicas culturales y sociales que limitan la integración generacional. Esto incluye trabajar en temas como el patriarcalismo, el adultocentrismo y la falta de equidad de género, que son barreras comunes en las comunidades rurales.

Finalmente, los extensionistas deben actuar como catalizadores del cambio, promoviendo prácticas innovadoras y sostenibles que beneficien a toda la familia. Esto puede incluir la introducción de tecnologías que reduzcan la carga laboral de los adultos mayores o que permitan a los jóvenes liderar actividades de valor agregado.

Dr. David Sánchez: Finalmente, Dr. Mesén, ¿qué mensaje quisiera compartir con las comunidades rurales y las instituciones que buscan promover la integración generacional?

Dr. Rafael Mesén: Mi mensaje es que la integración generacional no es solo una necesidad, sino una oportunidad para transformar las dinámicas rurales y construir un futuro más sostenible, equitativo y próspero. Sin embargo, es importante entender que este proceso no es inmediato. Como he dicho antes, es una carrera de maratón, no de velocidad.

Para las comunidades rurales, mi invitación es a abrir espacios de diálogo y colaboración entre generaciones. Esto no solo fortalecerá los lazos familiares, sino que también permitirá aprovechar el potencial de los jóvenes como agentes de cambio e innovación.

Para las instituciones, mi llamado es a comprometerse con las juventudes rurales, ofreciendo el apoyo necesario para su organización, capacitación y participación en procesos de toma de decisiones. Esto requiere un cambio de enfoque hacia una visión más sistémica y colaborativa, donde las necesidades de los jóvenes sean una prioridad.

La integración generacional es un camino hacia el desarrollo integral de las comunidades rurales. Al invertir en los jóvenes, estamos construyendo un presente más sólido y un futuro lleno de posibilidades.

Dr. David Sánchez: Agradecemos sus aportes a la discusión sobre juventudes rurales que serán muy útiles en la conformación del nodo mexicano de la red y que para la Maestría en Gestión y Desarrollo Social en su línea de Desarrollo Regional y Medio Ambiente resultan novedosos y sugerentes sobre líneas estratégicas para la investigación y sobre todo la acción en conjunto con los actores locales de los territorios rurales.